

## El marxismo sociológico de Michael Burawoy: de la etnografía reflexiva a la sociología pública

Varela, Paula - [paula.varela.ips@gmail.com](mailto:paula.varela.ips@gmail.com)

Universidad de Buenos Aires. Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL).  
CONICET.

Gutiérrez Rossi, Gastón - [gaston.ips@gmail.com](mailto:gaston.ips@gmail.com)

Universidad de Buenos Aires. Colectivo de Investigación sobre las Trabajadoras y los Trabajadores en la Argentina Actual. Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (CITTA-IEALC).

Recibido: 07-08-2020

Aprobado: 20-11-2020

**Resumen:** Este artículo realiza un recorrido crítico de las elaboraciones del sociólogo Michael Burawoy para pensar tres cuestiones teórico-metodológicas claves en las ciencias sociales: la relación entre la teoría y la empiria a través de su propuesta de etnografía reflexiva (y el “extended case method”); la forma en que se construye el conocimiento científico indagando en los problemas que emergen en la sociología política y la teoría marxista a la luz de la metodología de los programas de investigación y el papel de científico social en el mundo reconstruyendo su propuesta de una “sociología pública orgánica” y los debates que suscita en el panorama contemporáneo de las teorías críticas.

**Palabras clave:** Sociología; Teoría Crítica; Marxismo; Etnografía; Metodología.

**Abstract:** This article makes a critical review of the work of sociologist Michael Burawoy to think about three key theoretical-methodological issues in the social sciences: the relationship between theory and empiry through his proposal of reflective ethnography (and the "extended case method"); the way in which scientific knowledge is constructed by investigating the problems that emerge in political sociology and Marxist theory in

the light of the methodology of research programmes and the role of social scientists in the world by reconstructing his proposal of an "organic public sociology" and the debates that it raises in the contemporary panorama of critical theories.

**Keywords:** Sociology, Critical Theory, Marxism, Ethnography, Methodology

### **Introducción**

Michael Burawoy<sup>1</sup>, etnógrafo por naturaleza y marxista por elección, suele estar asociado a los estudios sobre el mundo fabril gracias a su gran libro *El consentimiento en la producción* (1989). Sin embargo, de aquella obra pergeñada en la década del setenta hasta la actualidad, ha desarrollado una muy particular apropiación sociológica del marxismo en la que discute tres grandes problemas teórico-metodológicos: la relación entre la teoría y el trabajo de campo (o por qué la *Grounded Theory* no es deseable), la forma en que se construye conocimiento científico (o por qué el inductivismo no sirve) y el papel del cientista social (o por qué el intelectual es más intelectual cuando es orgánico). Sobre estos tres aspectos, sin dudas, indispensables en toda reflexión sobre la agenda de las teorías sociales versará este artículo, inscribiendo a Michael Burawoy en la propuesta del "marxismo sociológico" elaborada junto a su amigo Erik Olin Wright y que constituye un interesante intento de renovación conjunta de la sociología y del marxismo en el contexto contemporáneo de las teorías y las sociologías críticas<sup>2</sup>.

### **Etnografía reflexiva: un método que explora las tensiones entre la investigación empírica y la teoría**

Suele considerarse que el marxismo es un punto de vista propio de un análisis "macro" pero "inaplicable" a la hora de meter las patitas en el barro del trabajo de campo. De ahí que una de las cosas que hace a Burawoy un marxista particularmente interesante es su amor por la investigación empírica, más específicamente por la

---

<sup>1</sup> Actualmente profesor de la Universidad California (Berkeley) fue presidente de la Asociación Americana de Sociología y de la Asociación Internacional de Sociología. Su producción está disponible en su blog personal <http://burawoy.berkeley.edu/books.htm>. Para conocer sus investigaciones puede consultarse la entrevista realizada por Paula Varela: "La producción de consentimiento entre los trabajadores: una pregunta que dura 40 años" en revista *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda* n 13 -Septiembre de 2018.

<sup>2</sup> Poco publicado todavía en nuestro medio, las contribuciones de Burawoy vienen siendo objeto de interés más allá de EE.UU. por la publicación de su libro sobre Bourdieu en las comunidades académicas de Francia y Brasil. También ha sido parte de debates recientes en las páginas de la revista *New Left Review* (NLR 121, Enero-Febrero de 2020) y en sucesivos números de la revista *Catalyst* (Volumen 2, issue 1, Spring 2018) publicada por el sitio Jacobinmag.com.

investigación de tipo etnográfica. A esto le suma una segunda particularidad: la fábrica como *locus* de investigación. Esta territorialidad presenta una fuerte dificultad de “ingreso”. Los empresarios suelen ser renuentes a hacer público lo que sucede en la morada oculta de la producción, lo que llevó a Burawoy a emplearse en las empresas en las que desarrolló sus etnografías, de modo que, una parte de la vida de este intelectual transcurrió en los pasillos y líneas de producción fabriles. En síntesis: marxista, enamorado de la etnografía y sujeto de la experiencia fabril. Sin lugar a dudas, estamos ante una rareza de la academia.

*El consentimiento en la producción* es, además de un excelente libro, una muestra de la forma en que Burawoy concibe el método de investigación, método que es, al mismo tiempo, una batalla contra el inductivismo y una defensa de la necesidad de inscribir los estudios de caso en sus contextos socio-políticos más amplios, no como meros escenarios donde “colocar el caso” sino como parte fundamental de su explicación. Esas son las dos tensiones que estarán presentes en este libro, pero también en el resto de sus trabajos de investigación: *entre teoría e investigación empírica, y entre lo micro y lo macro*. La Escuela de Chicago será para Burawoy la corriente que concentre una mala resolución de ambas tensiones:

...en general, ven a la Escuela de Chicago como la escuela de sociología más importante de Estados Unidos, y creo que es, básicamente, por su Teoría Fundamentada (*Grounded Theory*) en la que se supone que obtenés la verdad por sumergirte en el mundo. El problema es que esa idea hace que se pierda el contexto más amplio dentro del cual se configura realmente la experiencia viva de ese mundo. Por eso yo me opuse, y me opongo mucho, a ambos presupuestos de la Escuela de Chicago: el antiteoricismo y la idea de que las comunidades son unidades en sí mismas (la idea de comunidades cerradas). Y traté de remediar ambos problemas en la forma en que estudié esa fábrica del sur de Chicago: por un lado, trayendo la teoría al centro del análisis del régimen fabril y tratando de establecer los lazos entre este régimen y el contexto más general del capitalismo (Burawoy en Varela 2018: 169).

Como él mismo cuenta en la introducción al libro, mientras la sociología de las relaciones industriales se preguntaba por qué los trabajadores no trabajaban con más intensidad, lo que carcomía su cerebro era la pregunta contraria. ¿Qué es lo que hace que trabajen a tan altos ritmos? ¿Es explicable por un puro ejercicio de coerción? Esta pregunta específica tenía, como base, una preocupación clásica del marxismo y que persigue Burawoy desde hace 40 años: cómo se construye consentimiento entre los dominados<sup>3</sup>. Munido de esa pregunta empírica sostenida en una preocupación teórica, Burawoy invita a realizar un sistemático y perseverante trabajo de campo que, en su caso, significó meterse a trabajar de “maquinista de oficios varios” en la división de motores durante casi un año y seguir, allí, lo que él considera las reglas básicas de un etnógrafo: notas de campo, notas de campo y más notas de campo.

Las notas de campo, lejos de ser un primer “momento” de recopilación de información que “luego” será leído a la luz de la teoría, son en sí mismas un diálogo constante entre la observación y la teoría que, como veremos más adelante, debe buscar las “anomalías”, aquello que, al menos a simple vista, parece no encajar con la teoría e, incluso, amenaza con refutarla<sup>4</sup>. El diálogo entre observación y teoría que propone

---

<sup>3</sup>Bajo ese prisma hizo una investigación en la industria del cobre en Zambia en 1968, en pleno proceso post colonial, y puso sobre la mesa las articulaciones entre el régimen fabril y la segregación racial, de donde surgió *The Colour of Class on the Copper Mines: From African Advancement to Zambianization* {*El Color de la Clase en las Minas de Cobre: del avance africano a la Zambianización*}. Manchester University Press, 1972. Volvió sobre ella en pleno corazón del capitalismo avanzado cuando se empleó en Allied Corporation en 1974 y realizó la etnografía que es la base *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process in the Monopolist Capitalism* Editado por Chicago Press en 1982. Este trabajo es el que le permite consolidar la idea de la imposibilidad de comprender lo que sucede en el espacio productivo sin establecer la relación entre dicho espacio y el contexto político-económico en el que está inscripto, dando origen al concepto de “régimen político de producción” que va a desarrollar en *The Politics of Production: Factory Regimes Under Capitalism and Socialism* {*Políticas de la producción: regímenes de fábrica bajo el capitalismo y el socialismo*} (New Left, London, en 1985) y en *The Radiant Past. Ideology and reality in Hungary's road to capitalism* {*El pasado radiante. Ideología y realidad del camino de Hungría al capitalismo*} (Chicago Press, 1994) a partir de la comparación entre su experiencia como obrero en Chicago y su experiencia fabril en Hungría en los años 80, mientras este país se encontraba bajo la órbita soviética. Y finalmente fue para responder a esta pregunta que, a inicios de los 90, se dedicó a hacer trabajo de campo en una fábrica en Rusia, en momentos en que comenzaba la restauración capitalista.

<sup>4</sup> Esta relación entre la observación y la teoría que propone Burawoy como tarea central del etnógrafo, puede vincularse con la noción de inscripción que, desde otro marco teórico (la hermenéutica), Clifford Geertz toma de Paul Ricoeur para su propuesta de “descripción densa”. De hecho, Burawoy recupera expresamente al antropólogo norteamericano a la hora de hablar de la técnica de la “revisita al caso” por parte del etnógrafo (focused revisit), pero al hacerlo establece también una de sus principales críticas a Geertz: los problemas que trae el marco teórico de considerar la “cultura como un texto”. Dice Burawoy al respecto: “Geertz (1995), cuya descripción del dilema del antropólogo cambiante en un mundo cambiante encabezó este artículo, falla también en abordar los dilemas de las revisitas, disolviendo sus reflexiones en una virtuosa exhibición de imágenes literarias. En sus manos, la etnografía se convierte en un juego hipnótico de textos sobre textos, narrativas dentro de narrativas. Al final de su giro cultural, la antropología ha perdido su identidad distintiva, habiendo descentralizado sus técnicas de trabajo de campo, sacrificó la idea de estudiar intensamente un "sitio", abandonó sus tradiciones teóricas y renunció a la búsqueda de explicación causal. La teoría y la historia se evaporan en una mezcla de discurso. Cualquiera con ambición literaria puede

Burawoy, es uno que refuerza la tensión, que busca la contradicción. Con esa misma tónica piensa la relación entre el etnógrafo y los agentes: se trata de un reconocimiento auto-consciente de la manera en la cual las formas de involucrarse, la ubicación y el *habitus* (para tomar el concepto de Bourdieu con quien también debatirá más adelante) afectan las relaciones del etnógrafo con las personas estudiadas, y, por lo tanto, el modo en que esas relaciones influyen en lo que es observado y los datos que se recopilan.

El diálogo mutuo entre teoría y datos, entre construcción del campo y reconstrucción de la teoría, es lo que permite, en Burawoy, arribar a lo que, creemos, es lo más complejo de su metodología: la relación entre el caso estudiado y lo que lo excede. Para todos aquellos que realizamos investigación empírica, y particularmente etnográfica<sup>5</sup>, este último punto es, quizás, el problema de los problemas. ¿Cómo saber en qué medida el caso habla más allá de sí mismo? ¿Qué significaría “extenderlo”? ¿Qué proponer contra la presión tan de moda (y tan tranquilizadora, por cierto) de nunca intentar una explicación holista? A este problema, Burawoy dedica buena parte de sus discusiones metodológicas y, en ese camino, construyó lo que él denomina (pidiendo prestado el término a la Escuela de Manchester, pero modificándole el significado) el “Extended Case Method” {“método del caso extendido”}, que, sin atenernos a una traducción literal puede definirse como una “etnografía reflexiva”.

Empecemos por el final: la *etnografía reflexiva* puede ser vista como el abordaje de una secuencia de contradicciones que se despliegan en el transcurso de la investigación: a) entre el observador y los sujetos de estudio; b) entre la teoría que el investigador trae consigo y la empiria; c) entre el carácter dinámico de los casos estudiados y la tendencia a considerarlos estáticos; y d) entre esta dinámica interna y las fuerzas externas al caso de estudio que intervienen en su configuración. La focalización en estas cuatro tensiones, puede ser vista también, como la respuesta de Burawoy a los cuatro principales problemas que él encuentra en la Teoría Fundamentada (y que podríamos observar en otras teorías de tipo inductivas): a) la pretensión de neutralidad valorativa del científico social y el silenciamiento de las muchas formas en las que el observador está implicado en el mundo que estudia; b) la pretensión de despojarse de

---

ahora asumir el manto antropológico, volviendo a esta disciplina disruptiva, vulnerable a la invasión arrogante de nativos e impostores” (Burawoy 2003a: 674)

<sup>5</sup>La investigación que dio origen al libro *La disputa por la dignidad obrera*, se basa en un trabajo etnográfico realizado entre los años 2005 y 2008 en la Zona Norte del conurbano bonaerense, véase Varela, 2015.

la teoría pre-existente como si ésta fuera un obstáculo para acceder al mundo; c) el desdén por el estudio de los cambios diacrónicos producto del exceso de descripciones de situaciones micro; y d) el abandono del estudio del contexto macro-histórico producto de la creencia de que los “casos” constituyen unidades cerradas.

Si se miran estos cuatro problemas desde el punto de vista de discusiones clásicas de la epistemología en ciencias sociales, se observa que *Burawoy está introduciendo el debate entre constructivismo y realismo al interior de la discusión sobre el método etnográfico*. Los dos primeros problemas pueden pensarse como relativos a la relación entre el observador y lo estudiado (y el modo en que esa relación construye un conocimiento en constante elaboración); y los dos segundos como relativos a las contradicciones propias de aquello que se estudia (y el modo en que éstas configuran una realidad cambiante). Como veremos, la posibilidad de que un estudio de caso hable de algo más que de sí mismo reside en la atención que prestemos, como investigadores, a estas tensiones constructivistas y realistas que se presentan, para Burawoy, no como momentos consecutivos sino de forma simultánea en el proceso de investigación y producción de conocimiento:

En resumen, la etnografía reflexiva reconoce dos grandes dilemas: 1) existe un mundo fuera de nosotros mismos (momento realista), pero los etnógrafos sólo pueden conocerlo a través de su relación con él (momento constructivista); y 2) los etnógrafos son parte de ese mundo (momento interno), pero sólo una parte de él (momento externo). No hay forma de trascender esos dilemas, por eso la etnografía reflexiva debe considerar los cuatro momentos, incluso si en el análisis final se concentra sólo en uno o dos. Estos dilemas se aplican también a quienes practican otros métodos sociológicos, sólo que de manera menos evidente. La etnografía reflexiva clarifica y anticipa los retos metodológicos de todas las ciencias sociales (Burawoy 2003b: 19).

Para dar un ejemplo de cómo opera su propuesta de etnografía reflexiva, Burawoy va a comparar su investigación en la fábrica de Chicago y la que Donald Francis Roy (uno de los más importantes etnógrafos de la Escuela de Chicago) había realizado en la misma empresa 30 años antes. Vale aquí un interesante dato de color: cuando Burawoy comienza su trabajo etnográfico en Allied Corporation en 1974 no sabía que esa era la misma planta industrial que Roy había estudiado entre 1944-1945. Esta

casualidad termina siendo la oportunidad para tratar de entender por qué los dos etnógrafos “vieron” cosas distintas: mientras Roy vio un sistema basado, fundamentalmente, en la coerción; Burawoy vio lo que él llamó una “organización hegemónica de la producción”, es decir, un sistema de producción de consentimiento. La comparación entre dos hallazgos tan distintos en un “mismo caso” presentará la posibilidad de buscar la explicación de esta diferencia, que es otro modo de preguntarse por la objetividad en las investigaciones etnográficas.

Para responder esa pregunta, Burawoy recorrerá los 4 problemas señalados más arriba y concluirá que la clave de la diferencia entre lo que ambos observaron, residirá en *la relación entre el caso y el contexto macro-social*. Efectivamente, en esos treinta años se produjo un cambio en el sistema de relaciones industriales de los Estados Unidos que implicó la creación de mercados de trabajo protegidos por el Estado (como el de este sector industrial) y de negociaciones colectivas lideradas por sindicatos fuertes. Estas modificaciones se combinaron con la absorción de la fábrica que observó Roy por parte de una multinacional monopolista del sector, lo que la protegía de la competencia. Sin comprender esas “fuerzas externas” al caso (que muchas veces son invisibles a los propios protagonistas estudiados) y analizar el modo en que éstas configuraron las relaciones internas de la fábrica, hubiera sido inexplicable el pasaje del régimen que observó Roy al que observó Burawoy.

La pregunta que aparece, entonces, es cómo es posible identificar cuáles son las fuerzas externas relevantes para explicar cambios en los casos. La respuesta de Burawoy es tajante: el marco teórico. Aquí aparece algo bien interesante: la teoría no solo interviene a la hora de formular las preguntas sino también a la hora de *establecer las fronteras* entre aquello que responde a la lógica interna del caso y aquello que lo excede pero que se presenta en el caso mediado por la especificidad. El marxismo, marco teórico de Burawoy, es el que le permitió conceptualizar las diferencias entre el ámbito de la producción (la fábrica), el de la circulación (el mercado) y el del Estado (como parte de la reproducción social en su conjunto). La caracterización de esas tres esferas y de la relación (no exenta de tensiones) entre ellas es producto del modo en que el marxismo analiza la sociedad capitalista. Vale decir: estos ámbitos y sus fronteras no son un “hecho” que emana de la realidad, sino que están contruidos en función del punto de vista teórico sobre el conjunto de relaciones sociales, configurando una teoría del desarrollo

capitalista que permitió observar la reconfiguración del capitalismo de postguerra en un país como EE. UU. y en una industria como la metalúrgica. Intentar explicar el consentimiento en la producción en Allied Coporation ateniéndose a lo que sucedía sólo en Allied Corporation hubiera sido, para Burawoy, descabellado. El marxismo es el marco teórico a partir del cual Burawoy pudo llevar a cabo una lectura que le permitió establecer las relaciones entre el caso y lo que lo excede.

Allí situado, Burawoy va a hacer algo que también es bastante exótico entre los académicos, una autocrítica: la de haber reificado estas denominadas fuerzas externas al caso, dificultando la observación de su propia dinámica. Eso le impidió ver que el régimen hegemónico que estaba observando en 1974 sería desbaratado casi inmediatamente después por las contrarreformas neoliberales que desmembraron a la multinacional y modificaron sustancialmente el sindicato. ¿Qué es lo que le impidió observar esa dinámica y prever ese desenlace, es decir, hacer que su análisis tenga mayor capacidad predictiva? La respuesta es, nuevamente, la teoría. Fue la falta de un marxismo más sólido lo que le impidió analizar el conjunto de contradicciones que el propio régimen hegemónico de producción estaba incubando y entender que lo que él consideró la “culminación de las relaciones industriales en el sistema capitalista”, era en realidad algo transitorio que estaba a punto de desaparecer.

En sentido contrario de atribuir las debilidades de su análisis al trabajo de campo, o a la necesidad de una mayor minuciosidad en el estudio del caso, su autocrítica consiste en señalar que su punto flaco fue un acercamiento deficiente de la teoría marxista y de las herramientas analíticas que ésta ofrece para entender las posibles dinámicas de los procesos históricamente situados. Su observación insiste en la necesidad de más teoría (no menos), no sólo para comprender mejor lo particular de ese “régimen hegemónico” que él encontró en Allied Corporation, sino para vislumbrar su carácter temporario y, de ese modo, comprender mejor también la dinámica de las relaciones capitalistas en su conjunto que se encontraban en transición entre el capitalismo de posguerra y el neoliberal. He aquí *la relación que Burawoy propone entre lo micro y lo macro a través de la teoría*: la posibilidad de que un caso (la fábrica) sea comprendido como tal depende de una teoría que permita identificar sus particularidades en tanto que permita establecer las fronteras entre las fuerzas internas



y las externas, y el modo en que ambas fuerzas determinan el caso. Aquí la *teoría subyace a la extensión de la observación empírica*.

Pero este es solo un primer momento de lo que podríamos denominar una relación dialéctica entre teoría y empiria. Cuando Burawoy critica la debilidad de su perspectiva del marxismo o la debilidad de su acercamiento al marxismo, no refiere a un problema de “estudio” en el sentido de aprehender un cuerpo teórico que ya está acabado y sólo requiere ser incorporado por el investigador. Refiere, por el contrario, a la capacidad de que el propio trabajo de campo opere como enriquecedor, renovador, actualizador de dicho cuerpo teórico en constante construcción. El segundo momento de la dialéctica entre teoría y empiria consiste en el modo en que el conocimiento del caso y de su relación con lo que lo excede, profundiza el conocimiento del conjunto (el capitalismo de posguerra) y, de ese modo, refina también la teoría (el marxismo). Eso es lo que él llama la *reconstrucción de la teoría a través del trabajo empírico*.

### **Sobre la construcción de teorías: Trotsky bajo la óptica de Lakatos**

Reconstruir la teoría a partir de la investigación empírica, esa es la propuesta de Burawoy. Un proceso en el cual en lugar de generar teoría nueva “desde cero”, comenzamos con una teoría y la reconstruimos a la luz de las anomalías que confrontamos en el campo. Para explicar esa dinámica, nuestro autor, tiene que meterse en otra discusión central de la epistemología: ¿cómo se construyen las teorías? Como era de esperar, su primer adversario son los inductivistas a quienes les dedica una crítica que tiene varios puntos de contacto con la que les realiza Popper en *La Lógica de la Investigación Científica*: se opone furibundamente a que la “construcción de teorías” consista en intentar, todo el tiempo, salvar una teoría a través de absorber anomalías o contradicciones, generando hipótesis auxiliares, o puntualizando las condiciones especiales en las que dicha teoría puede aplicarse. Ese procedimiento sólo logra volver a la teoría más compleja, en el sentido de más engorrosa, pero no mejor. Hasta aquí llegan los acuerdos con la crítica de Popper al inductivismo. Burawoy arremeterá también contra el falsacionismo. Ni inducción simple, ni falsacionismo, lo que hará es retomar la propuesta de Imre Lakatos de los *Programas de Investigación*<sup>6</sup> y sugerir que

---

<sup>6</sup>Véase, Lakatos, Imre (1983) en *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid: Alianza Editorial.

la ciencia no se desarrolla a través de la refutación de teorías sino a través de la refutación de refutaciones, o, para ser más precisos, refutando algunas refutaciones e ignorando otras ¿Qué significa ignorar refutaciones? ¿Es una propuesta de cierre dogmático de modo que, independientemente de lo que pase en la realidad, ciertas premisas no puedan ser cuestionadas? Es más sofisticado que eso. La propuesta implica la diferenciación entre un “núcleo duro” aceptado hasta el momento por quienes adhieren a dicho programa de investigación, y un conjunto de teorías auxiliares que, basadas en ese núcleo, desarrollan premisas que están expuestas a la refutación:

La heurística negativa del programa nos prohíbe dirigir el *modus tollens* hacia este “núcleo duro”. Al contrario, debemos usar nuestro ingenio y articular o incluso inventar “hipótesis auxiliares” que formen un cinturón de protección alrededor de este núcleo, y debemos reorientar el *modus tollens* hacia estas hipótesis. Es este cinturón protector de hipótesis auxiliares el que debe aguantar lo más recio de los *tests* y ser ajustado y reajustado, o incluso completamente reemplazado, para defender el así endurecido núcleo. Un programa de investigación tiene éxito si conduce a un cambio de problemática progresivo; y fracasa si conduce a un cambio de problemática degenerativo (Burawoy 1997: 68).

En síntesis, un Programa de Investigación es regresivo cuando las teorías se ven obligadas a reducir el contenido empírico de aquello que explican o a considerar los hechos inesperados como excepciones; y es progresivo cuando, por el contrario, resuelven estas “anomalías” que la realidad presenta a través de teorías auxiliares novedosas que profundizan y amplían la capacidad explicativa de la teoría. Dos conclusiones se siguen de esta propuesta. La primera es que la clave de un Programa de Investigación no consiste en la búsqueda de la regla para verificar su núcleo duro sino en la capacidad de atender a las “anomalías” que la realidad presenta para, a partir de ellas, desarrollar nuevas teorías basadas en ese núcleo duro y, de ese modo, enriquecer la ciencia. La segunda, es que la capacidad predictiva de un Programa de Investigación resulta central para evaluar su progresividad porque allí se pone en juego, justamente, su posibilidad de hacer frente a las “anomalías” que la historia “vomita” en forma permanente.

Para dar un ejemplo de cómo opera el método de los Programas de Investigación y cuán superior es al inductivismo, Burawoy elegirá una comparación que sorprendió a más de uno: *Los Estados y las Revoluciones Sociales* de Theda Skolpol (1979) (como ejemplo de un procedimiento de tipo inductivo) y *Resultados y Perspectivas* de León Trotsky (2011) (como ejemplo del desarrollo de un Programa de Investigación). Antes de pasar al ejemplo, vale decir que Burawoy no se reivindica un trotskista, de hecho, realiza a Trotsky una serie de críticas<sup>7</sup>. Sin embargo, lo que sí reivindica de Trotsky es su superioridad teórica en relación a un problema nada menor para las ciencias sociales, qué son y cómo pueden explicarse las revoluciones:

Trataré de mostrar que la teoría de Trotsky sobre la Revolución Rusa puede verse como parte de un programa progresivo de investigación marxista. Nuestro enfoque se centrará en su formulación de 1906 en *Balance y perspectivas*: ‘la más radical reformulación de la prognosis de la revolución socialista llevada a cabo desde el *Manifiesto Comunista* de Marx’<sup>8</sup> (Burawoy 1997: 38).

Burawoy se centrará, entonces, en dos desarrollos teóricos de Trotsky que están presentes en ciernes en su texto de 1906 aunque serán postulados más acabadamente años después: la Teoría de la Revolución Permanente y la noción del Desarrollo Desigual y Combinado.

Para llevar adelante la comparación, Burawoy se moverá (al igual que en el apartado anterior) despejando oposiciones que se presentan en el trabajo de investigación: a) inducción vs. deducción, en el contexto de descubrimiento; b) infalsabilidad vs. falsabilidad (y capacidad de predicción de una teoría), en el contexto de justificación; c) el científico fuera de la historia vs. el científico como parte de la historia, en el contexto científico. No entraremos aquí en el detalle de la comparación porque se extendería mucho el texto, puntuaremos esquemáticamente las críticas al

---

<sup>7</sup> Por ejemplo, en relación al modo en que Trotsky piensa el fracaso de la revolución en Occidente. Burawoy considera que Trotsky discontinúa el método del programa de investigación al no incorporar el hecho de que la clase obrera occidental no realizó una revolución exitosa. En este punto Burawoy tiene una visión bastante extendida consistente en la contraposición entre Trotsky y Gramsci, y el señalamiento de la superioridad de Gramsci para entender la revolución en occidente por incorporar una teoría sobre la sociedad civil. Para un análisis de esta comparación que escapa a malentendidos y unilateralidades habituales, véase Juan Dal Maso (2016 y 2018) y para una reposición del concepto de “revolución permanente”, véase Christian Castillo (2017).

<sup>8</sup> La frase es de Isaac Deutscher en su libro *Trotsky, el profeta armado*, México: Editorial Era, 1968.

método inductivo de Skocpol y el modo en que Trotsky resuelve mejor, a los ojos de Burawoy, la aparición de anomalías.

El método de Skocpol podría resumirse de la siguiente manera. En cuanto al *contexto de descubrimiento*, la autora reivindicará expresamente a John Stuart Mill y el análisis histórico comparativo a través de la utilización del “método del acuerdo” y del “método de la diferencia” para tratar de definir un patrón común al funcionamiento de las tres revoluciones que la autora pone bajo estudio: la Francesa, la Rusa y la China. A través de la observación y comparación de estos tres procesos, Skocpol identifica dos componentes que se presentan en los tres, los cuales se erigirían en los factores explicativos de dichas revoluciones: la existencia de crisis política (en tanto crisis del Estado) y de revueltas campesinas. Estos dos factores o, mejor dicho, su coincidencia permitiría explicar por qué se dieron en Francia, Rusia y China revoluciones triunfantes.

La primera crítica de Burawoy refiere al *contexto de descubrimiento* y el modo en que Skocpol presenta tres elementos como presupuestos en lugar de colocarlos como parte de lo que debe ser escrutado por el análisis. El primero, la asunción de que las tres revoluciones conforman una misma clase de objetos por el solo hecho de que las tres son triunfantes. El segundo, de arrastre del anterior, es el presupuesto no probado de que los mismos elementos que encontramos como “coincidentes” en las tres revoluciones son los que efectivamente operan como factores causales (problema clásico del pensamiento inductivo). El tercero, la idea de que las pautas de causalidad que conducen a las revoluciones fracasadas son, por definición, distintas de aquellas que conducen a las triunfantes, es decir, la identificación de las causas de una revolución con su resultado. ¿Qué consecuencias acarrearán estos presupuestos? Dos que refieren a la propia *definición de historia*: para que las tres revoluciones en cuestión sean consideradas parte de una misma clase de objetos, hay que congelar la historia por casi tres siglos de modo que los mismos factores causales puedan reiterarse. Eso implica la imposibilidad de que una revolución inaugure nuevas condiciones para revoluciones subsiguientes, es decir, que modifique las condiciones en las que los procesos se desarrollan. En definitiva, lo que observa Burawoy es una deshistorización de la historia en la que la explicación se reduce a la búsqueda de *factores causales* que postula, de facto, una hipótesis fuerte sobre el papel débil de los agentes en la historia. “El *metodo* de Skocpol conduce a dar cuenta de los *factores* de las revoluciones sociales, pero no de

los *procesos* sociales que convierten a esos factores en *causas*. Un examen de estos procesos sociales llevaría consigo el escrutinio de cómo “se hacen” las revoluciones”. (Burawoy 1997: 54)

En relación al *contexto de justificación*, la crítica de Burawoy se concentra en el papel que juegan los “hechos” en la validación de las teorías. En primer lugar, la consideración de que estos “factores” que Skocpol elige como explicativos de las tres revoluciones son hechos inobjetables en sí mismos, y en su carácter causal. ¿Por qué esos hechos serían los determinantes y no otros que otras teorías señalan como más importantes? ¿La sola razón de que esos hechos se “repiten” en las tres revoluciones alcanza para transformarlos en la explicación? ¿No estaría, de ese modo, el propio “método” imponiéndose por encima del análisis de los procesos históricos y separando a la historiadora de sus tan queridos hechos? Es este procedimiento que busca regularidades y las transforma en factores causales (en lugar de estar atento a las anomalías que la historia vomita), el que hace, según Burawoy, que la teoría de Skocpol falle también en su capacidad predictiva, obligándola a reducir el alcance explicativo de su teoría. Esta reducción se vuelve manifiesta en que la propia autora señala que su esquema no puede aplicarse más allá de los casos de Francia, Rusia y China. Para justificar el recorte, Skocpol establece una división entre revoluciones clásicas (las que están bajo su escrutinio y su esquema) y revoluciones modernas (las de la segunda mitad del siglo XX), sin explicar por qué el corte debe establecerse a mitad del siglo XX y por qué los tres “factores” que operaron desde el siglo XVIII hasta el XX, no operarían como causales desde 1949 en adelante. Este recorte es leído por Burawoy como ejemplo de un *programa de investigación degenerativo* (en términos de Lakatos) que no profundiza nuestra comprensión de las revoluciones, sino que se debilita al reducir el alcance de la explicación.

Por último, la posición de Skocpol respecto de la *ubicación del científico* (o contexto científico) se sigue de esta deshistorización de la historia y de este tratamiento de los “hechos” como datos y aproblemáticos: la mejor forma de entenderlos consiste en despojarse de toda “lente” y de toda posible identificación con tradiciones históricas o compromisos presentes. La deshistorización del propio investigador y la neutralidad valorativa se imponen como procedimientos necesarios. En síntesis, dice Burawoy, “nos hemos quedado con dos paradojas. La inducción comienza con hechos preexistentes,

pero va a parar a teorías preexistentes y no explicadas. La inducción desnuda al científico de sesgos y anteojeras, pero descuida los sesgos y las anteojeras del método. Si los “hechos preexistentes” son un fundamento ilusorio para la ciencia social, ¿irían las cosas algo mejor encontrando un fundamento en la teoría preexistente?” (Burawoy 1997: 67).

La respuesta de Burawoy a esta pregunta es claramente sí, y Trotsky será el ejemplo del modo de evitar las dos paradojas producidas por el inductivismo de Skocpol: adoptando abiertamente las lentes del marxismo como teoría a partir de la cual leer los procesos en cuestión, enfrentando los “hechos” novedosos que podrían pensarse como anomalías a partir del desarrollo de variaciones teóricas sostenidas sobre el pilar de un núcleo duro, y situándose como parte de la historia y de su transformación. ¿Cuál es el núcleo duro que, según Burawoy, está en la base del marxismo de Trotsky? Lo que Marx postula en el prefacio a *La contribución a la crítica de la economía política* y que resume en: 1) la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción; 2) que esta contradicción abra períodos de crisis (y posibles revoluciones sociales) en los que debe distinguirse, sí o sí, lo económico de lo político atendiendo sus diversas temporalidades; 3) la relación entre desarrollo de fuerzas productivas y orden social que permite la hipótesis de que ningún orden social perece mientras haya margen para el desarrollo de fuerzas productivas en él, y por ende, ningunas nuevas relaciones sociales de producción pueden imponerse mientras sus condiciones de posibilidad no se hayan desarrollado.

Basándose en este núcleo duro<sup>9</sup> Trotsky comienza a desarrollar su Teoría de la Revolución Permanente y su hipótesis (considerada descabellada en su momento y distante 12 años de la Revolución Rusa) de que la revolución socialista podía darse antes en un país atrasado que en uno avanzado, al contrario de lo que había previsto Marx. Esa posibilidad, que hoy aparece como obvia dado que efectivamente sucedió, significó a principios de siglo un fuerte debate entre los marxistas que, visto con los lentes de la

---

<sup>9</sup> Como el propio Burawoy señala, este no es el único modo de construir el núcleo duro del marxismo. De hecho, es la disputa sobre cuáles son los pilares del marxismo, la que permite la existencia de marxismos en plural. En “El marxismo como ciencia: desafíos históricos y desarrollo teórico” Burawoy analiza el derrotero de la herencia de Marx distinguiendo: derivas degenerativas (como la “ortodoxia” de Kautsky, inmune a las anomalías empíricas al postergar indefinidamente su contrastación); derivas de cambio de programa (Bernstein y su revisión del núcleo para absorber anomalías) y derivas progresivas (Rosa Luxemburg y su refutación a la refutación de Bernstein; Lenin ampliando la teoría para anticipar nuevos fenómenos como el imperialismo; Trotsky y el ejemplo que estamos analizando; Gramsci y el análisis de las superestructuras). Ver Burawoy: *American Sociological Review*, Vol. 55, n° 6, (dic. 1990).

discusión que estamos haciendo en este artículo, implicó poner en discusión el núcleo duro del propio marxismo, su lectura de la historia y de los cambios sociales, el carácter histórico de la propia teoría en estado de permanente elaboración. En el marco de ese debate Trotsky afirma:

El marxismo es por encima de todo un método de análisis — no análisis de textos, sino análisis de relaciones sociales. ¿Es cierto que, *en Rusia*, la debilidad del liberalismo capitalista inevitablemente implica la debilidad del movimiento de los trabajadores? ¿Es verdad *para Rusia* que no puede haber allí movimiento obrero independiente alguno hasta que la burguesía haya conquistado el poder? Basta simplemente plantear estas preguntas para darse cuenta del irredimible formalismo que se esconde bajo el intento de convertir una observación de Marx *históricamente relativa en un axioma supra-histórico* (Trotsky citado en Burawoy 1997: 84, destacado nuestro).

Burawoy toma *Resultados y perspectivas* como ejemplo de este “marxismo como método” y observa el modo en que Trotsky utiliza ese núcleo duro del marxismo para el análisis concreto de Rusia: 1) las relaciones sociales del absolutismo en Rusia operan como traba para el desarrollo de las propias relaciones de producción capitalistas en expansión a nivel internacional; 2) esta contradicción abre, efectivamente, una crisis y la posibilidad de una revolución social aunque para establecer de qué tipo de revolución estamos hablando no alcanza con mirar únicamente lo económico (el nivel de las fuerzas productivas fuertemente atrasadas en comparación con otros países de Europa), sino que hay que analizar también (y diferenciadamente) lo político en término de las relaciones de fuerza en la lucha de clases: en Rusia la particularidad de una clase obrera minoritaria, pero muy concentrada y desarrollada, la transforma en la fuerza social que puede protagonizar una revolución; 3) esta combinación produce lo que podríamos pensar como una anomalía: que a nivel nacional haya precondiciones políticas para una revolución obrera pero no haya precondiciones económicas para el socialismo, aunque estas últimas (en tanto desarrollo de fuerzas productivas) sí están presentes en países avanzados de Europa, como Alemania. La complejidad de precondiciones que se presentan en forma separada (políticas en un país y económicas en otro) sólo pudieron ser pensadas en forma combinada a partir de la lectura del sistema capitalista como sistema mundial. La Teoría de la Revolución Permanente es, en última instancia y como

dice Burawoy, la forma de comprender esa anomalía como algo posible de suceder y plausible de ser explicado. En Rusia, la débil burguesía y la fuerte clase obrera en términos relativos, hacían prever la posibilidad de que, abierto un proceso revolucionario, pudiera pasarse del absolutismo a un estado obrero de transición ininterrumpidamente; al tiempo que, el desarrollo económico de Europa Occidental, particularmente Alemania, abría la posibilidad de transformar a dicho país en base para el desarrollo del socialismo (de allí, la insistencia de Trotsky en la necesidad de que la revolución se extienda a occidente).

Esta originalidad teórica es la que lleva a Burawoy a considerar que la Teoría de la Revolución Permanente puede pensarse, en términos de Lakatos, como “teoría auxiliar” que permite explicar la anomalía rusa y, de ese modo, configurar al *marxismo como un programa de investigación progresivo* en la medida en que expande los procesos que puede explicar (en sentido opuesto a la reducción que Burawoy observa en Skocpol). Pero en el transcurso de esta creación, Trotsky desarrolla otra hipótesis que vuelve a poner el dedo en la llaga del debate sobre la idea de progreso histórico lineal (idea que en el debate sobre Rusia se expresaba en el postulado de la necesidad de que ese país pase por una revolución burguesa como etapa *necesaria*): el concepto de Desarrollo Desigual y Combinado<sup>10</sup> en tanto dinámica de expansión del capitalismo a escala mundial y explicación del tipo de contradicciones que esto produce en cada país, estableciendo parámetros específicos (no reglas generales) para la lucha de clases. Este análisis le permite a Trotsky ver algo que Skocpol, en su búsqueda de regularidades, no pudo ver:

Para que naciera el Estado soviético fue necesario que coincidiesen, se coordinase y compenetrasen, recíprocamente, dos factores de naturaleza histórica completamente distinta: la guerra campesina, movimiento característico de los albores del desarrollo burgués, y el alzamiento proletario, el movimiento que señala el ocaso de la sociedad burguesa. Fruto de esta unión fue el año 1917” (Trotsky 2017: 62).

Ahora bien, ¿qué es lo que permitió a Trotsky comprender esta doble dinámica entre las clases y entre los Estados, y hacer hipótesis sobre devenires que eran

---

<sup>10</sup>Véase *Historia de la Revolución Rusa* (2017: 23).



rechazados por “imposibles”? Burawoy vuelve una vez más sobre la teoría. Pero no únicamente en el sentido de que Trotsky reconoce abiertamente que “mira el mundo” a través del marxismo (reconocimiento que para Burawoy es algo básico en la investigación). Sino la *teoría como construcción basada en el diálogo entre el conjunto de hipótesis que conforman el cuerpo teórico (hasta ese momento) y la “realidad”,* con la ambición de reconocer y auscultar aquello que, a simple vista, parece refutarlo y preguntarse, entonces, qué hipótesis o conjunto de hipótesis permiten explicarlo dentro del marco de ese cuerpo teórico. A través de este diálogo es que la comprensión de la realidad se enriquece y la teoría se sofisticada. En el caso de Trotsky, su apego al núcleo duro del marxismo y, particularmente, su definición de la historia como la historia de la lucha de clases, es, para Burawoy, el punto de partida de una heurística positiva que le permitió entender cuáles fueron los procesos sociales que *transformaron los factores causales en causas* de la Revolución Rusa. Lo que en Skocpol aparece como “factores objetivos” que congelan la historia y desoyen la agencia, en Trotsky se presenta como la articulación entre microfundamentos y macroprocesos, en una historia viva que los hombres (y las mujeres) van haciendo en condiciones que escapan a su elección, pero no a su intervención. Esto le permite comprender esa permanente tensión de la historia que las ciencias sociales suelen presentar a modo de dualismos: agencia vs. estructura, micro vs. macro, subjetivo vs. objetivo.

Pero hay algo más, que refiere al último punto de comparación con Skocpol, *la ubicación del científico social*: la posibilidad de enlazar lo micro y lo macro es indisoluble de la inmersión del investigador en la historia. Contra toda norma de objetividad positivista y de “imparcialidad tramposa”, la capacidad predictiva de la Teoría de la Revolución Permanente no puede separarse del carácter “participante” de Trotsky en la historia. Esta inmersión no implica únicamente el reconocimiento (indispensable) de que el investigador es parte de la historia y, como tal, adopta un punto de vista echando por tierra la fantasía de pararse por encima de la muralla para observar a sitiadores y sitiados. Implica también *enhebrar el pasado y el futuro*. Es en esa articulación que aparece cabalmente la idea de intervención en el mundo: “La tarea científica, tanto como la política, no consiste en dar una definición acabada de un proceso inacabado, sino en seguir todos sus estadios, distinguir sus tendencias progresivas de las reaccionarias, exponer sus relaciones mutuas, predecir posibles variantes de desarrollo y encontrar en

esta prognosis alguna base para la acción” (Trotsky en *La Revolución Traicionada*, citada en Burawoy 1997: 78). La pregunta por el futuro opera, en Burawoy, como aquella que articula la investigación *sobre* la realidad con la intervención *en* la realidad. En el campo de la investigación, porque obliga a reflexionar por “las posibles variantes de desarrollo” de un determinado proceso, incorporando la dimensión histórica en la investigación sociológica. Si retomamos la autocrítica que Burawoy realizó respecto de su etnografía en Allied Corporation a mediados de los '70, podemos ver que la debilidad que él atribuyó a un deficiente abordaje de la teoría puede redefinirse como debilidad de la formulación de la pregunta por el futuro, que no es otra cosa que el reconocimiento del carácter inacabado de los procesos. Y esto conlleva la voluntad de hacer hipótesis (en ese sentido Burawoy habla de capacidad predictiva) en tanto enunciados que piensan los posibles devenires no como un ejercicio especulativo ante el cual el observador solo tiene un interés teórico o una actitud objetivante, sino como un involucramiento del investigador y su intervención en el mundo. La búsqueda (lo más científica posible, si se nos permite) de “alguna base para la acción”.

### **La “sociología pública” y las miserias del mundo**

Llegado este punto, y para pensar la relación del científico con el mundo, Burawoy nos impone una pregunta que anida en el corazón de toda teoría crítica: ¿qué es lo que pueden (o lo que deben) hacer los intelectuales o científicos sociales para aportar a la lucha por la emancipación?

Ese debate no puede, nunca, quedar encerrado en los marcos de la academia. Y ese encierro es, quizás, la principal preocupación de Michael Burawoy. Empecemos por el final: la propuesta de Burawoy para romper el maleficio de la “torre de marfil” es una “sociología pública orgánica”<sup>11</sup> como apuesta concreta por una teoría crítica que aspire a fortalecer la perspectiva de la emancipación social en la actualidad:

---

<sup>11</sup> Para aquellos que ya hayan transitado algo de Gramsci, la remembranza de la idea del “intelectual orgánico” es clara. Para Gramsci todo grupo social que cumpla una función esencial en el mundo de la producción crea orgánicamente sus propias capas de intelectuales que le permiten construir conciencia de su rol económico, social y político. Pero al hacerlo se encuentra también con categorías de intelectuales pre-existentes (a las que denomina “tradicionales”), que monopolizan, las más de las veces, ciertas funciones ideológicas. Estas capas tienden a autorepresentarse como autónomas e independientes del grupo social dominante. Gramsci llamará a esto: una utopía social (Gramsci, 1973). La distinción tradicional/orgánico de Gramsci es utilizada por Burawoy para una analogía al interior del campo académico que permita pensar qué hacer con la sociología en la actualidad.

Esta cosa de sociología pública es otra cosa extraña. Aparece cuando volví a Sudáfrica en 1991, y encontré una sociología que en Argentina quizás sea normal y natural, pero que no lo es en los Estados Unidos, era una sociología con gente comprometida. Quiero decir que los sociólogos, no todos ellos, pero muchos de ellos, estaban en realidad comprometidos en la batalla contra el régimen del apartheid y bajo ese compromiso llevaban adelante su tarea de sociólogos. Al mismo tiempo que enseñaban, se involucraban políticamente y trataban de desarrollar una sociología bastante regional. Habiendo pasado tantos años en los Estados Unidos nunca había visto una sociología de este tipo y me había acostumbrado a la sociología de tipo muy profesional en la que los sociólogos escriben cosas, incluso escriben cosas sobre Skocpol y Trotsky y, en el mejor de los casos, lo leen una o dos personas más. De hecho, nadie por fuera de la academia lee lo que se produce en la academia y eso es tomado como normal. Ese es un modelo de sociología profesional basada en el intercambio de documentos entre los que pertenecemos a ella (...) Así que, cuando en 1994 me convertí en jefe de este Departamento de Sociología, decidimos que la nuestra iba a ser una sociología pública porque este Departamento, a diferencia de todos los otros en los Estados Unidos, tenía a los sociólogos más comprometidos, comprometidos con el mundo más allá de la academia. Así fue que decidimos impulsar esta idea de hablar de “sociología pública”. Mis colegas lo han lamentado desde entonces, pero sin embargo, eso es lo que sucedió. La idea era contrastar la sociología pública con la sociología profesional, y la inspiración proviene originalmente de Sudáfrica (Burawoy en Varela 2018: 174).

Para cuando Burawoy asume la dirección del Departamento de Sociología de Berkeley, la noción de “sociología pública” estaba en el ambiente de la sociología norteamericana. En 1988 el presidente de la Asociación Americana de Sociología Herbert J. Gans la utilizaría para hablar de los “sociólogos públicos” que buscaban interpelar a un público más amplio siguiendo las tradiciones críticas de Charles Wright Mills y Alvin Gouldner de la década del '60. Popularizada y sistematizada por Burawoy la “sociología pública” aparece en respuesta a preguntas clásicas como ¿conocimiento para quién? y ¿conocimiento para qué? Y las respuestas organizan su mirada acerca de las posiciones y divisiones del trabajo al interior del campo sociológico. En “Por una sociología pública” (Burawoy 2005) distingue cuatro tipos de ejercicio de la sociología: la sociología

profesional (con la práctica de desarrollar los programas de investigación y resolver los *puzzles* irresueltos de las teorías), la sociología práctica (o también llamada por él “sociología política” que es la que está al servicio de un “cliente” -privado o estatal), la sociología crítica (destinada a examinar los fundamentos normativos y descriptivos de la sociología profesional) y la sociología pública (que busca un diálogo con un público “extra-académico”, dentro de la cual él distingue la “tradicional” de la “orgánica”).<sup>12</sup>

El punto de partida de la postulación de una Sociología Pública es la crítica a la Sociología Profesional como práctica hegemónica en la academia, particularmente en los Estados Unidos. Dos disparos hace Burawoy sobre ella: el carácter instrumental del conocimiento que produce y su encierro en el ámbito académico como universo de interlocutores a quien está dedicado dicho conocimiento:

Aquí distingo entre, de un lado, un conocimiento instrumental en el cual los fines son tomados como dados y la propuesta es encontrar los medios que mejor alcancen esos fines; y del otro, un conocimiento reflexivo interesado precisamente en una discusión abierta y en un juicio colectivo de aquellos fines o de aquellos valores. Max Weber lo denominó “discusión axiológica” y Jürgen Habermas “acción comunicativa”. Esa distinción entre conocimiento instrumental y conocimiento reflexivo es antigua y tiene una tradición consagrada en la Sociología, habiendo sido formulada de modo más claro por Max Weber, cuyo esquema conceptual de la acción social distinguía la racionalidad técnica de la racionalidad axiológica. Eso fue luego desarrollado por la Escuela de Frankfurt en una visión más crítica –según la cual la sociedad capitalista contemporánea, siendo dirigida por los mercados y por el lucro, tiene cierta fijación por las cuestiones de la eficiencia y de los medios, perdiendo de vista, consecuentemente, los objetivos últimos, que los atribuirán a la “razón”. Independientemente de la amenaza de un eclipse de la razón, es importante para la Sociología, situar en la vanguardia de su análisis no solamente el conocimiento instrumental de los medios, sino también el conocimiento reflexivo de los fines (Burawoy 2009: 221, traducción propia).

---

<sup>12</sup> Esta crítica y la propuesta de sociología pública como directriz para la Sociología norteamericana generó un rico debate que puede consultarse en: *Public Sociology. Fifteen Eminent Sociologists Debate Politics and the Profession in the Twenty-first Century* (Clawson, Zussman, Misra, Gerstel, Stokes, Anderton y Burawoy, 2007) y en *Handbook of Public Sociology* (Vincent Jeffries, 2009).

El cuestionamiento de los fines obliga a Burawoy a introducir en el debate el problema del destinatario. Es aquí donde aparece el concepto de sociedad civil. La Sociología debe producir conocimiento científico, pero no para el regodeo interno de los miembros de la academia, sino destinado a una sociedad civil que se define como el conjunto de instituciones, organizaciones, movimientos que no pertenecen al Estado ni al Mercado<sup>13</sup>. Esta definición no es casual: el Estado y el Mercado constituyen para Burawoy los dos pilares sobre los que se sostiene el capitalismo contemporáneo, pilares que, en la versión neoliberal del capitalismo, están destruyendo la sociedad civil en la medida en que la invasión del mercado sobre todos los espacios de la vida social (garantizada por el Estado) implica un achicamiento al máximo de los márgenes de autonomía y, por ende, de los márgenes de resistencia.

En este punto, nuestro autor se apoya en las obras de Gramsci y la de Karl Polanyi con el objetivo de pensar la conceptualización de la “sociedad” (Burawoy 2003). Observa que el concepto de “sociedad civil”, que agrupa a un conjunto de prácticas e instituciones “privadas” (sindicatos, cooperativas, clubes, partidos políticos, diarios e instituciones religiosas) que organizan la hegemonía de la clase dominante en estrecha relación con el Estado, le permitió a Gramsci enriquecer la teoría de la dominación. Mientras que la obra de Polanyi es fundamental para comprender los movimientos de rechazo de la sociedad frente al avance del mercado a través de la idea de que, contra las olas de mercantilización de “mercancías ficticias” (la naturaleza, el trabajo, el dinero y el conocimiento) se produce un “contra-movimiento” por parte de la “sociedad” para reintegrarlas y ejercer una regulación social (Polanyi asumía que esto puede asumir características progresistas o reaccionarias -el Fascismo, el New Deal, el estalinismo o la socialdemocracia-). Burawoy propone apropiarse de ambos aportes teóricos sin dejar de reconocer las distinciones entre “sociedad civil” y “sociedad activa” (que tienen origen en las diferentes respuestas políticas a la crisis del Estado liberal: en Gramsci el

---

<sup>13</sup> La diferenciación entre sociedad civil y Estado-Mercado será fundamental en la definición de la sociología pública orgánica que Burawoy defiende y es un punto a partir del cual critica otras propuestas de relación entre el cientista social y la sociedad, como por ejemplo, la de Anthony Giddens. “En el Reino Unido, por ejemplo, nosotros tenemos a Anthony Giddens haciendo sociología pública tradicional sobre la tercera vía, la modernidad reflexiva, y la globalización – libros, ensayos, panfletos y entrevistas - que descienden desde arriba hacia la academia, suplantando la ideología del Nuevo Laborismo. Pero también tenemos a la sociología pública orgánica de Huw Beynon, surgida de una vida de luchas en colaboración con los trabajadores automotrices, mineros, portuarios, trabajadores del armamento, químicos, del call-center. Uno converge en la esfera pública desde arriba, el otro desde abajo, una esfera pública que no es tan inhóspita para la sociología” (Burawoy, 2005: 431, traducción propia).

comunismo, y en Polanyi el socialismo democrático y el cooperativismo owenista). Y, para pensar las resistencias contra la ola neoliberal, retoma la distinción realizada por Beverly Silver (2003) entre las luchas de tipo marxista (basadas en las luchas de los trabajadores contra la explotación) y las luchas de tipo polanyianas (basadas en el poder de asociación para resistir la comoditización del capital financiero) por considerar que es sumamente útil para escrutar los “nuevos contramovimientos” –locales, nacionales o globales–, compuestos por clases (campesinos, trabajadores asalariados), pero también aquellos compuestos por coaliciones entre clases y grupos definidos por su posición en las relaciones raciales o de género. Así entendida, la sociedad civil es, en Burawoy, el terreno en el que puede construirse la resistencia al capitalismo como sistema de dominación social y, por ende, es a esos espacios de autonomía a los que debe apostar la Sociología. ¿Pero cómo debería ser este aporte sociológico a los procesos de resistencia y emancipación?

Para responder esta pregunta, va a polemizar nada menos con que Pierre Bourdieu. ¿Por qué Bourdieu y no otro? Por dos motivos. El primero, porque el problema de la dominación social y su durabilidad ha sido uno de los grandes temas de Bourdieu. El segundo, porque Burawoy lo considera el principal ejemplo del sociólogo contemporáneo que cruzó las fronteras de la academia para dirigirse a la sociedad civil a través de su participación en los medios masivos de comunicación como crítico del neoliberalismo, sus muestras de solidaridad en las luchas sociales como en las huelgas de los 90 en Francia, y su posicionamiento abierto en defensa de movimientos y protestas de trabajadores y sectores populares; en definitiva, como ejemplo de “intelectual público”. Burawoy realizará una doble operación: defenderlo (contra la sociología profesional) por su ejercicio de una Sociología Pública; diferenciarse fuertemente de él respecto de la posibilidad y el modo en que esa Sociología Pública aportaría a la emancipación de los oprimidos. Para esta diferenciación, Burawoy se centrará en criticar la concepción que Bourdieu tiene sobre cómo opera la dominación y la contrapondrá con Gramsci y su noción de “sentido común”. Si bien no vamos a reponer aquí esta contraposición (que incluye comparar las concepciones sobre el Estado, la posibilidad o no de “guerra de posiciones”, la teoría del *habitus* y de los campos, etc.), puntuaremos la principal diferencia que encuentra Burawoy entre uno y otro autor

para comprender por qué Gramsci permitiría pensar en una Sociología Pública Orgánica, mientras Bourdieu no.

La clave se sitúa en la posibilidad que tienen los dominados de reconocer su dominación y, a partir de dicho reconocimiento, construir las herramientas de su liberación. Este tema, que ha sido ultra-transitado en las ciencias sociales y particularmente en el campo de la teoría crítica, podría pensarse, al menos, con dos extremos. De un lado, una visión ingenua que considere que con el solo hecho de “develar” la existencia de la dominación, los dominados están en condiciones de emanciparse. Del otro, una visión pesimista que considere que, dado que la dominación no se juega en el terreno de la conciencia sino de las prácticas sedimentadas, por más esfuerzos que se hagan para visibilizar sus mecanismos, la emancipación de los dominados aparece como improbable. Podríamos decir que Bourdieu incluye al marxismo dentro de la primera posición; y que Burawoy incluye a Bourdieu dentro de la segunda, mientras considera que el marxismo (particularmente el de Gramsci) no idealiza el nivel de la conciencia, sino que lo imbrica en la práctica, abriendo la puerta a una conciencia contradictoria que presenta las chances (no las certezas) de volverse contra la dominación. Las secuencias conceptuales “violencia simbólica – *habitus* - mal sentido” vs. “hegemonía -lucha de clases - buen sentido” aparecen como definitorias de dos visiones contrapuestas de la dominación. El problema que Burawoy señala como central en la visión de Bourdieu es que, al colocar las bases de la perdurabilidad de la dominación en la mistificación que los individuos producen gracias a la interiorización de la estructura social a través del *habitus*, la posibilidad de cambio social queda acotada a las desarmonías entre el *habitus* y el campo, sin que haya una teorización acerca de porqué y de qué modo esas desarmonías se producen. Directamente ligado a esto, la propia performatividad del intelectual público que Bourdieu propone (y ejerce) queda cuestionada: si no hay toma de conciencia posible por parte de los dominados, ¿cuál es el papel de los intelectuales? ¿para qué bajar de la torre de marfil y dirigirse a los oprimidos? El carácter crítico de la sociología pública de Bourdieu aparece astillado, empañado, en la medida en que los sujetos de la dominación no pueden hacer mucho con ella. Contra esa idea de crítica que mantiene la distancia entre el intelectual y los

oprimidos, Burawoy contrapone la figura del “sociólogo público orgánico” como apropiación particular del “intelectual orgánico” de Gramsci<sup>14</sup>:

El intelectual orgánico de Gramsci es quien puede elaborar lo que él llamó el ‘buen sentido’ de la clase trabajadora. Un núcleo duro de su teoría es que la clase trabajadora, en virtud de su transformación colectiva, puede entender el mundo; las clases subordinadas pueden entender el mundo. Es decir, el ‘buen sentido’ es posible; hay infiltración de la ideología burguesa, pero existe también la posibilidad del ‘buen sentido’. Entonces, hay algo que los intelectuales deben hacer: está este buen sentido con el que tienen que trabajar. En Bourdieu no existe el “buen sentido”, solo existe el “mal sentido”. La clase trabajadora no puede entender las condiciones de su propio sometimiento. Por lo tanto, en cierto sentido, los intelectuales deben ellos mismos transformar el mundo. Ellos son, como yo lo entiendo, los que pueden tener una presencia progresiva. Pero no todos los intelectuales. Muchos de los intelectuales sufren lo que los marxistas llamarían una falsa conciencia, han sido objeto de falacias escolásticas motivo por el cual solo unos pocos sociólogos realmente pueden entender el mundo, particularmente los que están cerca de Bourdieu, quizás solo el propio Bourdieu. Pero de cualquier modo, esta idea de que el intelectual es el agente transformador (y no los dominados), me hace pensar que Gramsci vería a Bourdieu como un intelectual tradicional, crítico del mundo circundante, pero cuya crítica en sí misma no desafía la totalidad. De hecho, el intelectual tradicional, en virtud de ser crítico, parece ser autónomo y parece que puede presentarse como portavoz de esa autonomía, de esa universalidad; mientras que el intelectual orgánico está estrechamente relacionado con algún tipo de clase que será el agente de transformación, una clase subordinada que será transformadora. Gramsci consideraría a Bourdieu como un intelectual tradicional y a sí mismo como un intelectual orgánico. Bourdieu, por otro lado, vería a Gramsci como un creyente engañado por el mito del intelectual orgánico, y equivocado al pensar que la clase

---

<sup>14</sup> Como ha señalado en reiteradas ocasiones Burawoy reconoce que la idea de “intelectual orgánico” en Gramsci no refiere a un individuo (un intelectual) y su producción en solitario, sino a un colectivo cuyo conocimiento es producto de la relación *entre* la teoría y la práctica social de ciertas capas intelectuales vinculadas a las clases sociales. Burawoy aplica esta lógica de la organicidad a la intelectualidad que, en su propuesta, está constituida por los sociólogos de la academia, manteniendo una tensión entre la idea de “organicidad” y la preservación del ámbito académico como el ámbito de producción de una sociología crítica. Esta tensión vuelve a aparecer en Burawoy en su explicación de un Marxismo Sociológico. Véase, Varela 2018.



trabajadora tiene este papel emancipador (Burawoy en Varela 2018: 175).

No alcanza con que la Sociología *se dirija* a los movimientos y organizaciones de la sociedad civil, sino que es necesario que *sea parte de ellos* en el sentido de considerarlos no sólo sujetos de opresión sino también sujetos plausibles de llevar adelante su propia emancipación. De la misma manera que en la discusión contra el conocimiento instrumental de la sociología profesional apareció la idea de una racionalidad axiológica, aquí aparece la necesidad de un compromiso político del conocimiento sociológico (como saber disciplinar inscripto en el ámbito académico) basado en la “centralidad axiológica” de los oprimidos en tanto sujetos activos.

### **“Tomarse en serio lo social” (a modo de conclusión)**

¿De qué manera se plasma ese carácter activo? A través de los movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil que presentan intentos de desafiar al capitalismo o de construir instituciones alternativas al capitalismo. Burawoy encuentra en esos movimientos anticapitalistas la posibilidad de “organicidad” de las ciencias sociales y, por ende, de su carácter crítico.

El último interrogante es, entonces, cuál es el modo en que Burawoy propone ponderar esas experiencias alternativas con las que la sociología debe comprometerse. Su diagnóstico es que el neoliberalismo es una gestión del capitalismo profundamente anti-sociológica en su “ethos” y hostil ante la propia idea de “sociedad”, motivo por el cual el Marxismo Sociológico debe “tomarse en serio lo social”. En una época en la que es más fácil imaginar el fin del mundo antes que el fin del capitalismo (como popularizo Fredric Jameson) la sociología debe volcarse hacia aquellas experiencias que motivan pensar otros modos de organización de la producción y la reproducción social. Siguiendo a E. O. Wright (2010), Burawoy propone pensarlas como “utopías reales”. Esto es, prácticas sociales e instituciones (entre ellas cooperativas, renta básica universal, presupuestos urbanos participativos) signadas por objetivos democráticos igualitarios asociados a la idea del socialismo, los cuales emergen, generalmente, de un rechazo tanto a la explotación laboral como a la mercantilización (y que conllevan, inherentemente, el reforzamiento de la opresión de las mujeres, de la precariedad de la vida, de la opresión racial y del saqueo de la naturaleza). Burawoy señala, contra

cualquier romantización liviana, que estas prácticas en sí mismas no pueden contener la expansión del mercado, ni representan *per se* un desafío al capitalismo, más aún, pueden incluso asumir formas autoritarias o populistas de derechas. Sin embargo, es el carácter de escenario abierto<sup>15</sup> que la gestión neoliberal del capitalismo y sus movimientos de resistencia presentan, el que hace que una sociología pública orgánica deba tomar cartas en el asunto.

De las etnografías reflexivas de la explotación capitalista en los '70 y '80 a las luchas de la sociología pública orgánica contra la mercantilización (como *axis* prioritario de las protestas globales) en la actualidad, la trayectoria de Burawoy pone en discusión tres nudos centrales para toda teoría que quiera vincularse de manera crítica con el mundo: la relación entre la teoría y la empiria, la forma en que se construye conocimiento y el papel de científico social. Recientemente y a propósito de un debate sobre Bourdieu, Burawoy (2018) señalaba que la manera más productiva de acercarse a un autor es entablando un diálogo con sus fortalezas. Con ese mismo espíritu quisimos presentar aquí los aportes de Burawoy a re-pensar los cruces entre el marxismo y la sociología.

### **Bibliografía**

Burawoy, Michael 1989. *El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

-----, 1990. "El marxismo como ciencia: desafíos históricos y desarrollo teórico" en *American Sociological Review*, Vol. 55, número 6, recuperado de <http://burawoy.berkeley.edu/Marxism/Marxism%20As%20Science%20Spanish.pdf>.

---

<sup>15</sup> Este giro de la "explotación" a la "mercantilización" no deja de generar interrogantes para Burawoy: "¿Quiénes serán los agentes de esas luchas? Claramente la clase, como quiera que se defina, es un posible candidato, porque la indignación moral y las destructivas consecuencias materiales de la mercantilización afectan sobre todo a las clases inferiores, ya sean campesinos o trabajadores asalariados. Pero las alianzas entre clases también son posibles, ya que la mercantilización de la naturaleza, del dinero, del trabajo y del conocimiento, afecta a todo el mundo; la misma importancia tienen las diferentes y desiguales consecuencias para la racialización y el género. Hay muchos movimientos y alianzas potenciales, pero es probable que las luchas contra la mercantilización tiendan hacia la fragmentación y la localización. Solamente una poderosa ideología «contrahegemónica» puede hacer que el mercado sea un objetivo para la lucha socialista, habida cuenta de su capacidad para naturalizar su propio funcionamiento (Burawoy, 2020: 107). Para una polémica sobre la vinculación entre "utopías reales" y "contramovimientos polanyianos" ver Burawoy (2020) y Dylan Ridley (2020).

- . 1997. "Dos métodos en pos de la ciencia: Skocpol vs Trotsky" en *Zona Abierta* N°80/81, Buenos Aires.
- . 2002. "Sociological Marxism", coescrito con Erik O. Wright, en Jonathan Turner (ed.), *Handbook of Sociological Theory*, Nueva York: Kluwer Academics - Plenum Publishers.
- . 2003. "Revisitas: Hacia una teoría de la etnografía reflexiva", versión resumida y traducida de Burawoy, Michael (2003) "Revisits: An Outline of a Theory of Reflexive Ethnography" *American Sociological Review*, 2003, Vol. 68 (Octubre: 645-679). Traducción realizada por: Mercedes di Virgilio, Rodolfo Elbert, Mercedes Krause y Valeria Maidana. Documento de Cátedra N°74, Cátedra de Metodología y Técnicas de la Investigación Social, Universidad de Buenos Aires.
- . 2003a. "Revisits: An Outline of a Theory Of Reflexive Ethnography", en *American Sociological Review*, 2003, Vol.68 (October: 645-679).
- . 2003b. "For a Sociological Marxism: the complementary convergence of Antonio Gramsci and Karl Polanyi", en *Politics & Society*, Vol. 31, No 2, 2003 (June: 193-261), Sage Publications.
- . 2005. "Response: Public sociology: populist fad or path to renewal?", en *The British Journal of Sociology*, Volume 56 Issue 3, Londres.
- . 2007. *Public Sociology Public Sociology. Fifteen Eminent Sociologists Debate Politics and the Profession in the Twenty-first Century*, compilado junto a Dan Clawson, Robert Zussman, Joya Misra, Naomi Gerstel, Randall Stokes y Douglas L. Anderton, Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- . 2009. "The Public Sociology Wars", en *Handbook of Public Sociology*, Editado por Vincent Jeffries, Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- . 2009. "Cultivando sociologías públicas nos terrenos nacional, regional e global" en *Revista de Sociología e Política*, Volumen 17, N° 34, outubro, Curitiba, Brasil.
- . 2009b. *The extended case method: Four countries, four decades, four great transformations and one theoretical tradition*. Los Angeles: California University Press.
- . 2010. *O marxismo encontra Bourdieu*. Campinas: Editorial UNICAMP.

- . 2014. “Una nueva aproximación a *Manufacturing Consent*”, *Revista de Trabajo – Nueva Época*, año 10, Número 12 (tomado de la *Nouvelle revue du travail*), Buenos Aires: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.
- . 2018. “Making sense of Bourdieu” en *Catalyst* Volume 2, Issue 1, Spring 2018, New York, EE.UU.
- . 2020. “Historia de dos marxismos. En recuerdo de Erik Olin Wright (1947-2019)” en *New Left Review* 121. *Segunda época*, Marzo-Abril 2020, Madrid, España.
- Castillo, Christian 2017. “La teoría de la revolución permanente en perspectiva”. *Conflicto Social -Revista del Programa de de investigaciones sobre Conflicto Social* del Instituto de Investigaciones Gino Germani (Fsoc- UBA), año 10, número 18, Julio a Diciembre de 2017.
- Dal Maso, Juan 2016. *El marxismo de Gramsci. Notas de lecturas sobre Los Cuadernos de la cárcel*. Buenos Aires: Ediciones IPS.
- . 2018. *Hegemonía y lucha de clases. Tres ensayos sobre Trotsky, Gramsci y el marxismo*. Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Gramsci, Antonio 1972. *Cultura y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Gramsci, Antonio 1986. *Cuadernos de la Cárcel*. volumen IV, México, Era.
- Lakatos, Imre 1983. *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid: Alianza Editorial.
- Marx, Karl 2002. *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo I, Volumen I*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Riley, Dylan 2020. Utopía real o empirismo abstracto? Comentario sobre Burawoy y Wright. *New Left Review* 121. *Segunda época*, Marzo-Abril 2020, Madrid, España.
- Skocpol, Theda 1979. *Los Estados y las Revoluciones Sociales. Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Trotsky, León 2011. *La revolución permanente*, Buenos Aires: Ediciones IPS-CEIP.
- . 2017. *Historia de la revolución Rusa, Obras Escogidas 11*, Buenos Aires: Ediciones IPS-CEIP
- Varela, Paula 2018. “La producción de consentimiento entre los trabajadores: una pregunta que dura 40 años. Entrevista al sociólogo marxista Michael Burawoy” en *Revista Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, N°13,

Buenos Aires.

----- . 2018b. "Sobre la relación entre género y clase. Entrevista a Tithi Bhattacharya" en *Revista Ideas de Izquierda* N°44, Buenos Aires.

----- . 2015. *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base fabril en la Zona Norte del conurbano bonaerense entre 2004-2014*. Buenos Aires: Imago Mundi- Colección Archivos.

Wright, Erik Olin 2014. *Construyendo utopías reales*, Madrid: Akal.